

«Mi confianza en la Palabra de Dios es más grande, mi sumisión a la Palabra de Dios es más profunda y mi amor por la Palabra de Dios es más dulce, como resultado de haber leído este libro. Por esas razones, lo recomiendo con todas mis fuerzas».

David Platt, Pastor principal, *The Church at Brook Hills*, Birmingham, Alabama; autor de *Radical: Volvamos a las raíces de la fe*

«Este pequeño libro es una introducción altamente recomendable a la enseñanza de la Escritura sobre sí misma, que preserva los contornos de una doctrina responsable e informada, sin empantanarse en detalles arcanos. Compre un buen número de volúmenes y entregue copias a los ancianos, diáconos, maestros de escuela dominical y a cualquier otro en la iglesia que quiera comprender un poco mejor qué es la Biblia. La mala doctrina surge, en parte, de la ignorancia. Bienaventurados son aquellos maestros y predicadores de la iglesia quienes, como el autor de este libro, combaten la ignorancia difundiendo teología madura en un estilo lúcido, que evita que se genere una indigestión teológica».

D. A. Carson, Profesor de Investigación del Nuevo Testamento, de la *Trinity Evangelical Divinity School*

«Una de mis oraciones para mis próximos veinte años de ministerio, si el Señor me concede eso, es que podamos ver crecer el nivel de alfabetización bíblica exponencialmente. Para que suceda eso, debemos aprender qué son las Escrituras y qué tan firmemente podemos descansar en ellas. Kevin DeYoung responde bien a esta necesidad en *Confía en su Palabra*. Que el Dios de la Palabra sea conocido y apreciado significativamente debido a este pequeño libro».

Matt Chandler, Pastor principal, *The Village Church*, Dallas, Texas; Presidente, *Acts 29 Church Planting Network*

«Este es un estudio brillante, sucinto, y a la vez profundo, de la autoridad y suficiencia de la Escritura, basado en lo que la Escritura dice sobre sí misma. La claridad y la pasión son las marcas distintivas del libro de Kevin DeYoung, y puede ser su obra más importante y refinada hasta el momento».

John MacArthur, Pastor, *Grace Community Church*, Sun Valley, California

«Si está buscando una doctrina de la Escritura expresada de forma clara y simple, aquí está. Kevin DeYoung ha logrado su meta de comunicar lo que la Biblia dice sobre sí misma. Él lo ha hecho con las cualidades que hemos podido anticipar: eficiencia, cuidado pastoral, agudeza y rigor. Sobre todo, ha permitido que la Palabra hable por sí misma».

Kathleen B. Nielson, Directora de *Women's Initiatives*, *The Gospel Coalition*

CONFÍA
EN SU
PALABRA

Libros de Kevin DeYoung publicados por Portavoz

Confía en su Palabra: Por qué la Biblia es necesaria y suficiente y lo que eso significa para ti y para mí

Súper ocupados: Un libro (misericordiosamente) pequeño sobre un problema (sumamente) grande

CONFÍA EN SU PALABRA

POR QUÉ LA BIBLIA ES NECESARIA Y SUFICIENTE Y LO QUE ESO SIGNIFICA PARA TI Y PARA MÍ

KEVIN DEYOUNG



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Taking God At His Word*, © 2014 por Kevin DeYoung y publicado por Crossway, 1300 Crescent Street, Wheaton, Illinois 60187. Traducido con permiso.

Traducción: Juan Terranova

Edición en castellano: *Confía en su Palabra* © 2015 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con «NVI» ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Dr. NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5643-5 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6459-1 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-8610-4 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 24 23 22 21 20 19 18 17 16 15

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

A los santos que están en *East Lansing*,
por escuchar una década de sermones
y siempre confiar en la Palabra de Dios

Contenido

1 Creer, sentir, hacer	11
2 Algo más seguro	27
3 La Palabra de Dios es suficiente	43
4 La Palabra de Dios es clara	57
5 La Palabra de Dios es final	73
6 La Palabra de Dios es necesaria	87
7 La Biblia inquebrantable de Cristo	97
8 Persiste en las Escrituras	113
Recursos recomendados	128

Creer, sentir, hacer

Mi alma ha guardado tus testimonios, y los he amado en gran manera.

SALMOS 119:167

Este libro comienza de una forma sorprendente: un poema de amor.

No te preocupes, no es mío. Tampoco es de mi esposa. No proviene de una tarjeta, una película o de la última balada de rock. No es un poema nuevo o un poema breve. Pero, definitivamente, es un poema de amor. Pudiste haberlo leído antes. Incluso pudiste haberlo cantado. Es el capítulo más largo, en el libro más largo, en la mitad más larga de una muy larga colección de libros. De 1.189 capítulos diseminados a lo largo de 66 libros, escritos en el curso de dos milenios, el Salmo 119 es el más largo.¹

Y por una buena razón.

¹ El Salmo 119 es el capítulo más largo de la Biblia desde cualquier punto de vista (si bien debemos recordar que la división en capítulos no es inspirada). Determinar el libro más largo de la Biblia es un poco más complicado. Salmos es el libro más largo de la Biblia si contamos capítulos o versículos. Incluso ocupa más páginas en nuestras Biblias en español. Pero dado que capítulos, versículos y números de páginas no figuran en los manuscritos originales, los eruditos han propuesto otras maneras de determinar la extensión de un libro en particular. Dependiendo del medio de cálculo, Jeremías, Génesis y Ezequiel pueden ser más largos que Salmos.

Este salmo en particular es un acróstico. Hay 8 versículos por cada estrofa y, dentro de cada estrofa, cada versículo comienza con la misma letra del alfabeto hebreo. Por lo tanto, los versículos 1-8 comienzan con la letra *alef*, los versículos 9-16 con *bet*, los versículos 17-24 con *gimel*, y así sigue durante 22 estrofas y 176 versículos, todos ellos exultantes en su amor por la Palabra de Dios. En 169 de esos versículos, el salmista hace alguna referencia a la Palabra de Dios: ley, testimonios, preceptos, estatutos, mandamientos, reglas y promesas, y Palabra. Este lenguaje aparece en casi cada versículo y, a menudo, más de una vez en el mismo versículo. Los términos tienen diferentes matices de significado (p. ej.: lo que Dios quiere, lo que Dios señala, lo que Dios manda o lo que Dios ha dicho), pero todos se centran en la misma idea principal: la revelación de Dios en palabras.

Seguramente es significativo que este intrincado, finalmente elaborado y resuelto poema de amor —el más largo de la Biblia— no es acerca del matrimonio, de los hijos o de comida, bebida, montañas, atardeceres, ríos u océanos, sino acerca de la Biblia misma.

La pasión del poeta

Imagino que muchos de nosotros hemos intentado escribir poesía en el pasado. Ya sabes, me refiero a antes de tener hijos, antes de estar comprometidos o, si eres muy joven, antes del último semestre. En mis tiempos, yo también escribí algunos poemas, pero, aunque hubiéramos sido los mejores amigos en aquellos días, no te los hubiera mostrado. No es que esté avergonzado por el tema —escribir para y acerca de mi hermosa novia—, pero dudo que el estilo sea algo de lo cual estar orgulloso. Para la mayoría de nosotros escribir un poema de amor es como hacer galletas con germen de

trigo: es lo más sano y natural, pero esas galletas no son muy deliciosas.

Algunos poemas de amor son sorprendentes, como el soneto 116 de Shakespeare: «Deja que el enlace de dos almas fieles no admita impedimentos. No es amor el amor que cambia cuando cambio encuentra...». Hermoso. Brillante. Impresionante.

Otros poemas, no tanto. Como este poema que encontré en Internet, hecho por un hombre que estaba reviviendo el genio romántico de su adolescencia:

¡Mira! Hay una vaca solitaria
¡Heno! ¡Vaca!
Si yo fuera una vaca, sería como esta.
Si el amor es el océano, yo soy el Titanic.
Nena, quemé mi mano sobre
la sartén de nuestro amor,
pero aun así se siente mejor
que la goma de mascar que nos mantiene unidos
y sobre la cual me paré.

Las palabras fallan, ¿no es verdad? Tanto para comentar el poema como en el poema mismo. Aun así, esta pieza de arte con bovinos y goma de mascar es más sutil e imaginativa que esta otra titulada «La cartera del amor»:

Muchacha, me haces
Cepillar mis dientes
Peinar mi cabello
Usar desodorante
Llamarte
Eres tan genial.

Supongo que este poema puede captar un momento de auténtico sacrificio para nuestro héroe de la escuela secundaria. Pero, sea cual fuera la sinceridad de su intención, es una poesía sorprendentemente mala. La mayoría de los poemas escritos cuando somos jóvenes y estamos enamorados, en retrospectiva, nos hacen sentir... ¿cómo podríamos decirlo?... un poco incómodos. Esto se debe, en parte, a que pocos adolescentes son instintivamente buenos poetas. La buena poesía entre adolescentes es más o menos tan habitual como gatos instintivamente amistosos. Pero la otra razón por la que nuestros viejos poemas de amor pueden ser tan penosos de leer es que nos sentimos incómodos con su pasión exuberante y su alabanza extravagante. Pensamos: «¡Ay! Suena como alguien de 19 años enamorado. No puedo creer que haya sido tan exagerado. ¡Esto sí que es ser melodramático!». Puede ser embarazoso reencontrarse con nuestro ilimitado entusiasmo y desenfrenada ternura anterior, especialmente si la relación a la que alabamos nunca funcionó o si el amor, desde entonces, se ha enfriado.

Me pregunto si, cuando leemos un poema como el Salmo 119, sentimos un poco de la misma turbación. Es decir, miremos los versículos 129-136, por ejemplo:

Maravillosos son tus testimonios;
 por tanto, los ha guardado mi alma.
 La exposición de tus palabras alumbra;
 hace entender a los simples.
 Mi boca abrí y suspiré,
 porque deseaba tus mandamientos.
 Mírame, y ten misericordia de mí,
 como acostumbras con los que aman tu nombre.
 Ordena mis pasos con tu palabra,
 y ninguna iniquidad se enseñoree de mí.

Líbrame de la violencia de los hombres,
 y guardaré tus mandamientos.
 Haz que tu rostro resplandezca sobre tu siervo,
 y enséñame tus estatutos.
 Ríos de agua descendieron de mis ojos,
 porque no guardaban tu ley.

Este fragmento es bastante emocional: suspirar, desear, llorar ríos de agua. Si somos honestos, esto suena como a poesía de amor de escuela secundaria, y... ¡con esteroides! Es apasionada y sincera, pero poco realista, un poco demasiado dramática para la vida real. En realidad, ¿quién siente algo así sobre mandamientos y estatutos?

Terminar en el punto de partida

Puedo pensar en tres diferentes reacciones a la larga y repetitiva pasión por la Palabra de Dios en Salmos 119.

La primera reacción es: «Sí... claro». Esta es la actitud del escéptico, del burlón y del cínico. Estos piensan: «Es lindo que la gente de antaño tuviera tanto respeto por las leyes y las palabras de Dios, pero no podemos tomar esas cosas demasiado en serio. Sabemos que los seres humanos a menudo ponen palabras en la boca de Dios para sus propios propósitos. Sabemos, también, que toda palabra “divina” está mezclada con pensamiento, redacción e interpretación humanos. La Biblia, tal como la tenemos, es inspiradora en partes, pero también es anticuada, indescifrable a veces y, francamente, incorrecta en muchos lugares».

La segunda reacción es: «Oh... hum...». Esta persona no tiene ningún problema particular con honrar la Palabra de Dios o creer en la Biblia. En teoría, tiene un alto concepto de las Escrituras. Pero, en la práctica, la encuentra tediosa y usualmente irrelevante. Aunque lo piensa, nunca lo diría

en voz alta: «El Salmo 119 es demasiado largo. Es aburrido. Es el peor día en mi plan de lectura de la Biblia. La cosa no termina nunca y siempre dice lo mismo. Me gusta más el Salmo 23».

Si la primera reacción es «Sí... claro» y la segunda reacción es «Oh... hum...», la tercera reacción posible es: «¡Sí! ¡Así es!». Esto es lo que proclama una persona cuando todo en el Salmo 119 suena a verdad en su cabeza y resuena en su corazón, cuando el salmista captura perfectamente las pasiones, los afectos y las acciones del lector (o, al menos, lo que este desea que sean). Esto sucede cuando la persona piensa: «Me encanta este salmo porque le da voz a la canción en mi alma».

El propósito de este libro es que abracemos esta tercera respuesta de manera total, sincera y consistente. Yo deseo que todo lo que hay en el Salmo 119 sea una expresión de todo lo que hay en nuestra cabeza y nuestro corazón. En efecto, comienzo este libro con la conclusión. El Salmo 119 es la meta. Quiero convencerte (y asegurarme de estar yo mismo también convencido) de que la Biblia no se equivoca, no puede ser revocada, puede ser comprendida y es la palabra más importante en tu vida, la cosa más relevante que puedes leer cada día. Solo cuando estemos convencidos de todo esto podremos dar un «¡Sí! ¡Así es!» con todas nuestras fuerzas, cada vez que leamos el capítulo más largo de la Biblia.

Piensa en este primer capítulo como una aplicación y los restantes siete capítulos de este libro como los componentes necesarios a fin de que las conclusiones del Salmo 119 estén garantizadas. O, si pudiera usar una metáfora inolvidable, piensa en los capítulos 2 al 8 como siete frascos vertidos en un caldero hirviente y este capítulo como el resultado catalítico. El Salmo 119 nos muestra qué creer sobre la Palabra

de Dios, qué sentir de la Palabra de Dios, y qué hacer con la Palabra de Dios. Esta es la aplicación. Esta es la reacción química producida en el pueblo de Dios cuando vertemos en nuestra mente y corazón la suficiencia, la autoridad y la claridad de la Escritura, y todo lo demás que encontraremos en los restantes siete capítulos. El Salmo 119 es la explosión de alabanza hecha realidad por una doctrina ortodoxa y evangélica de la Escritura. Cuando abrazamos todo lo que la Biblia dice sobre sí misma, entonces, y solo entonces, creeremos lo que debemos creer sobre la Palabra de Dios, sentiremos lo que debemos sentir y haremos lo que debemos hacer con ella.

¿Qué debo creer sobre la Palabra de Dios?

En el Salmo 119 vemos, al menos, tres características esenciales e irreductibles que debemos creer sobre la Palabra de Dios.

Primera, la Palabra de Dios dice lo que es verdadero. Como el salmista, nosotros podemos confiar en la Palabra (v. 42), y conocer lo que es totalmente verdadero (v. 142). No podemos confiar en todo lo que leemos en Internet; ni confiar en todo lo que oímos de nuestros profesores. Ciertamente, no podemos confiar en todos los hechos presentados por los políticos. Incluso, ¡no podemos confiar en los verificadores de hechos que verifican esos hechos! Las estadísticas pueden ser manipuladas. Las fotografías pueden ser falsificadas. Las portadas de las revistas pueden ser retocadas. Nuestros maestros, nuestros amigos, nuestra ciencia, nuestros estudios, incluso nuestros propios ojos pueden engañarnos. Pero la Palabra de Dios es completamente verdadera y siempre verdadera:

- La Palabra de Dios permanece para siempre en los cielos (v. 89); no cambia.

- Su perfección no tiene límites (v. 96); no contiene nada corrupto.
- Todo juicio de la justicia de Dios es eterno (v. 160); nunca envejece ni se desgasta.

Si alguna vez piensas: «Necesito saber qué es cierto acerca de mí, la gente, el mundo, el futuro, el pasado, la buena vida y sobre Dios», acude a la Palabra de Dios, que solo enseña lo verdadero: «Santifícalos en tu verdad», dijo Jesús, «tu palabra es verdad» (Jn. 17:17).

Segunda, la Palabra de Dios demanda lo que es correcto.

El salmista reconoce de buena gana el derecho de Dios para decretar mandamientos, y humildemente acepta que todos esos mandamientos son justos. Dice: «Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos» (Sal. 119:75). Todos los mandamientos de Dios son verdad (v. 86). Todos sus mandamientos son rectos (v. 128). A veces escucho a cristianos admitir que no les gusta lo que dice la Biblia, pero dado que es la Biblia tienen que obedecerla. Por un lado, esto es un ejemplo admirable de someterse a la Palabra de Dios. Sin embargo, debemos dar un paso más y aprender a ver la bondad y justicia en todo lo que Dios manda. Debemos amar lo que Dios ama y deleitarnos en todo lo que Él dice. Dios no establece reglas arbitrarias. Él no da órdenes para que nos sintamos limitados y miserables. Él nunca requiere lo que es impuro, insensato o sin amor. Sus demandas son siempre nobles, justas y correctas.

Tercera, la Palabra de Dios provee lo que es bueno. De acuerdo con el Salmo 119, la Palabra de Dios es el camino a la felicidad (vv. 1-2), el camino para evitar la vergüenza (v. 6), el camino de la seguridad (v. 9), y el camino al buen consejo (v. 24). La Palabra nos da fortaleza (v. 28) y esperanza (v. 43). La Palabra provee sabiduría (vv. 98-100, 130) y nos muestra el camino que debemos andar (v. 105). La

revelación verbal de Dios, ya sea en forma oral de historia redentora o en los documentos del pacto en la historia redentora (esto es, la Biblia), es infaliblemente perfecta. Como pueblo de Dios, creemos que podemos confiar que la Palabra de Dios habla la verdad en cada aspecto, manda lo que es verdadero y nos provee de lo que es bueno.

¿Qué debo sentir sobre la Palabra de Dios?

Con demasiada frecuencia, los cristianos reflexionamos solo en lo que debemos creer sobre la Palabra de Dios. Pero el Salmo 119 no nos permite detenernos ahí. Este poema de amor nos fuerza a considerar qué es lo que sentimos sobre la Palabra de Dios. El salmista tiene tres afectos fundamentales sobre la Palabra de Dios.

Primero, él se deleita en ella. Testimonios, mandamientos, ley... se deleita en todos ellos (vv. 14, 24, 47, 70, 77, 143, 174). El salmista no puede evitar hablar de la Palabra de Dios en un lenguaje profundamente emotivo. Las palabras de la Escritura son dulces como la miel (v. 103), son el gozo de su corazón (v. 111), y son maravillosas (v. 129). «Mi alma ha guardado tus testimonios», escribe el salmista, «y los he amado en gran manera» (v. 167).

Sin embargo, algunos dicen: «Nunca amaré la Palabra de Dios de esta manera. No soy un intelectual. No escucho predicaciones todo el día. No leo todo el tiempo. No soy el tipo de persona que se deleita en las palabras». Eso puede ser verdad como regla general, pero apuesto a que a veces te apasionas con palabras escritas sobre un papel. Todos prestamos atención cuando las palabras que escuchamos o leemos representan un claro beneficio para nosotros, como un testamento o una carta de aceptación. Podemos leer cuidadosamente cuando el texto nos advierte sobre un gran peligro, como las instrucciones sobre un panel eléctrico. Nos

deleitamos cuando leemos historias sobre nosotros y sobre aquellos a quienes amamos. Nos encanta leer historias sobre la grandeza, la belleza y el poder. ¿Pudiste notar que lo que acabo de hacer es describir la Biblia? Es un libro con grandes beneficios para nosotros, así como serias advertencias. La Biblia es un libro sobre nosotros y sobre aquellos a quienes amamos. Y, sobre todo, es un libro que nos coloca cara a cara frente a Uno que posee toda la grandeza, la belleza y el poder. Sin lugar a dudas, la Biblia puede parecer aburrida a veces pero, tomada como un todo, es la más grande historia jamás contada, y los que mejor la conocen usualmente son aquellos que más se deleitan en ella.

Veza tras veza, el salmista profesa su gran amor por los mandamientos y testimonios de Dios (vv. 48, 97, 119, 127, 140). El otro lado de este amor es la ira que experimenta cuando la Palabra de Dios no es nuestro deleite. Una candente indignación se apodera de él debido a los inicuos que dejan la ley de Dios (v. 53). El celo lo consume cuando sus enemigos se olvidan de las palabras de Dios (v. 139). El salmista contempla al incrédulo y al desobediente con disgusto (v. 158). El lenguaje nos puede sonar áspero, pero es una indicación de qué poco valoramos la Palabra de Dios. ¿Cómo te sientes cuando alguien no puede ver la belleza que tú ves en tu cónyuge o cuando la gente no ve lo que hace que tu hijo con necesidades especiales sea tan especial? Todos nos indignamos justamente cuando alguien tiene en baja estima lo que nosotros sabemos que es precioso. El deleite extremo en alguien o algo naturalmente lleva al disgusto extremo cuando otros consideran que esa persona o cosa no es digna de su deleite. Nadie que realmente se deleita en la Palabra de Dios permanecerá indiferente ante la desconsideración de ella.

Segundo, él la desea. Cuento al menos seis veces donde el salmista expresa su anhelo de guardar los mandamientos

de Dios (vv. 5, 10, 17, 20, 40, 131). Cuento al menos catorce veces donde expresa un deseo de conocer y comprender la Palabra de Dios (vv. 18, 19, 27, 29, 33, 34, 35, 64, 66, 73, 124, 125, 135, 169). Algo cierto en todos nosotros es que nuestras vidas son animadas por el deseo. Es lo que literalmente nos levanta cada mañana. El deseo es aquello con lo cual soñamos, por lo cual oramos y en lo que pensamos cada vez que tenemos la libertad de pensar en lo que queremos. La mayoría de nosotros tenemos fuertes deseos relacionados con el matrimonio, los hijos, los nietos, el trabajo, las promociones, las casas, las vacaciones, la venganza, el reconocimiento, y así sucesivamente. Algunos deseos son buenos, otros son malos. Pero en ese revoltijo de anhelos y pasiones, considera: ¿cuán fuerte es tu deseo de conocer, comprender y guardar la Palabra de Dios? El salmista desea tanto la Palabra de Dios que considera al sufrimiento como una bendición en su vida si lo ayuda a convertirse en más obediente a los mandamientos de Dios (vv. 67-68, 71).

Tercero, él depende de ella. El salmista es constantemente consciente de su necesidad de la Palabra de Dios. «Me he apegado a tus testimonios; oh Jehová, no me avergüences» (v. 31). También está desesperado por obtener el consuelo hallado en las promesas y normas divinas (v. 50, 52). Hay muchas cosas que queremos en la vida, pero solo unas pocas que necesitamos realmente. La Palabra de Dios es una de ellas. En los tiempos de Amós, el castigo más severo que cayó sobre el pueblo de Israel fue el «hambre... de oír la palabra de Dios» (Am. 8:11). No hay mayor desgracia que el silencio de Dios. No podemos conocer la verdad, conocernos a nosotros mismos, conocer los caminos de Dios o conocer salvíficamente a Dios mismo, a menos que Él nos hable. Todo cristiano verdadero debe sentir en su interior una completa dependencia en la autorrevelación de Dios en

las Escrituras. No solo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová (Dt. 8:3; Mt. 4:4).

Lo que creemos y sentimos respecto a la Palabra de Dios es absolutamente crucial, aunque no sea más que por el hecho de que refleja lo que creemos y sentimos acerca de Jesús. Como veremos, Jesús creyó inequívocamente en todo lo que estaba escrito en las Escrituras. Si vamos a ser sus discípulos, debemos creer lo mismo que Él. Igual de importante es que el Nuevo Testamento enseña que Jesús es la Palabra hecha carne, que significa (entre otras cosas) que todos los atributos de la revelación verbal de Dios (verdad, justicia, poder, veracidad, sabiduría, omnisciencia) se encuentran en la persona de Cristo. Todo lo que el salmista creía y sentía sobre las palabras de Dios es todo lo que nosotros debemos sentir y creer sobre la Palabra de Dios encarnada. Nuestro deseo, deleite y dependencia en las palabras de la Escritura no crecen independientes de nuestro deseo, deleite y dependencia en Jesucristo. Los dos deben siempre crecer juntos. Los cristianos más maduros se emocionan al oír cada poema de amor que hable de la Palabra hecha carne y cada poema de amor que celebre las palabras de Dios.

¿Qué debo hacer con la Palabra de Dios?

El objetivo de este libro es llevarnos a creer lo que debemos creer acerca de la Biblia, sentir lo que debemos sentir acerca de la Biblia y hacer lo que debemos hacer con la Biblia. Dado todo lo que hemos visto sobre la fe del salmista en la Palabra y su pasión por ella, no es sorprendente que el Salmo 119 esté colmado con verbos de acción que ilustran los usos de la Palabra impulsados por el Espíritu:

- cantamos la Palabra (v. 172, NVI)
- hablamos la Palabra (vv. 13, 46, 79)

- estudiamos la Palabra (vv. 15, 48, 97, 148)
- guardamos la Palabra (vv. 11, 93, 141)
- obedecemos la Palabra (vv. 8, 44, 57, 129, 145, 146, 167, 168)
- alabamos a Dios por la Palabra (vv. 7, 62, 164, 171)
- oramos que Dios actúe de acuerdo a su Palabra (vv. 58, 121-123, 147, 149-152, 153-160)

Estas acciones no son un sustituto para la fe y el afecto apropiados, pero son los mejores indicadores de lo que realmente creemos y sentimos sobre la Palabra. Cantar, hablar, estudiar, guardar, obedecer, alabar y orar, así es como los hombres y las mujeres de Dios manejan las Escrituras. Ahora, no entres en pánico si parece que fracasas en creer, sentir y hacer. Recuerda, el Salmo 119 es un poema de amor, no una lista de verificación. La razón por la cual empezamos con el Salmo 119 es que es ahí donde queremos terminar. Esta es la respuesta espiritual que el Espíritu debe producir en nosotros cuando nos aferramos completamente a todo lo que la Biblia enseña sobre sí misma. Mi esperanza y oración es que, en alguna pequeña medida, el resto de este libro te ayudará a decir «sí» a lo que el salmista cree, «sí» a lo que él siente, y «sí» a todo lo que él hace con la santa y preciosa Palabra de Dios.

Algunas aclaraciones finales

Antes de sumergirnos en el resto del libro, puede serte útil conocer qué tipo de libro estás leyendo. Aunque espero que este libro te motive a leer la Biblia, este no es un libro sobre el estudio bíblico personal o los principios de interpretación. Ni estoy intentando una defensa apologética de las Escrituras, aunque espero que confíes más en la Biblia por haber

leído estos ocho capítulos. Este no es un libro exhaustivo que cubre todo el territorio filosófico, teológico y metodológico que puedas encontrar en un enorme manual de varios volúmenes. Este no es un libro académico con muchas notas al pie. Tampoco es un libro para «tomar notas», donde menciono nombres y cito «capítulos y versículos» para errores actuales. Ni es un trabajo revolucionario en teología exegética, bíblica, histórica o sistemática.

«Entonces, ¿este libro qué es?» dirás, preguntándote cómo hiciste para elegir este volumen del que no sabes nada.

Este es un libro que desentraña lo que la Biblia dice sobre sí misma. Mi meta es ser sencillo, ordenado, directo y manifestamente bíblico. No tengo otras pretensiones que ofrecer una doctrina de la Escritura derivada de la misma Escritura. Yo sé que esto levanta preguntas sobre el canon (en primer lugar, ¿cómo sabes que tienes las Escrituras correctas?) y preguntas sobre el razonamiento circular (¿Cómo puedes citar a la Biblia para determinar su autoridad?). Estas son preguntas razonables, pero no tienen por qué detenernos. Ambas preguntas tienen que ver con principios fundamentales, y una cierta forma de circularidad es inevitable cada vez que tratamos de defender nuestros principios fundamentales. No podemos establecer la suprema autoridad de nuestra suprema autoridad apelando a otra autoridad menor. Sí, la lógica es circular, pero no más que cuando el secularista defiende la razón por la razón, o el científico que pregona la autoridad de la ciencia basándose en la ciencia. Esto no quiere decir que los cristianos pueden ser irracionales e irrazonables en sus posiciones, pero sí significa que nuestro principio fundamental no es ni la racionalidad ni la razón. Nosotros acudimos a la Biblia para aprender sobre la Biblia, porque para juzgarla por cualquier otro estándar sería considerar a la Biblia menos de lo que ella misma declara ser. Como J. I.

Packer escribió hace más de cincuenta años, cuando enfrentaba retos similares: «Solo la Escritura es competente para juzgar nuestra doctrina de la Escritura».²

Hay muchos libros buenos, algunos accesibles y otros técnicos, que explican y defienden cuidadosamente el canon y la fiabilidad de las Escrituras. He incluido varios de ellos en el Apéndice. Si tienes dudas sobre la manera en que los libros de la Biblia se autentican a sí mismos o sobre la exactitud histórica de la Biblia, o sobre los manuscritos bíblicos antiguos, desde luego te insto a que estudies esos temas por ti mismo. Las afirmaciones del cristianismo ortodoxo no tienen por qué evitar pruebas concretas y nada que temer de un examen detallado de los hechos.

Pero mi convicción, corroborada por la experiencia y derivada de la enseñanza de la misma Escritura, es que el medio más efectivo para reforzar nuestra confianza en la Biblia es emplear tiempo en ella. El Espíritu Santo se ha comprometido en trabajar a través de la Palabra. Dios promete bendecir la lectura y enseñanza de su Palabra. Las ovejas oirán la voz del Maestro hablándoles en la Palabra (Jn. 10:27). Dicho de otro modo, la Palabra de Dios es más que suficiente para llevar a cabo la obra de Dios en el pueblo de Dios. No hay nada mejor para comprender y llegar a abrazar una doctrina bíblica de la Escritura que abrir la jaula y dejar salir a la Escritura.

Si has seguido leyendo hasta aquí, probablemente tienes algún interés por conocer mejor la Biblia. Quizá tienes algo de trasfondo en la Biblia o has sido guiado hasta aquí por alguien que sí lo tiene. Tal vez llegas con escepticismo o lleno de fe, con ignorancia y con la necesidad de ser corregido, o con conocimiento deseoso de ser mejorado. Sea cual fuere

² J. I. Packer, *“Fundamentalism” and the Word of God* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1958), 76.

el caso, confío en que ahora que ya sabes qué tipo de libro es este, estarás mejor preparado para beneficiarte de él. Y, si te beneficias con algo que lees en estas páginas, no será porque yo he hecho alguna cosa maravillosa, sino porque estar cara a cara con el Libro más maravilloso del mundo es una experiencia que cambia la vida.

Que Dios nos dé oídos, porque todos necesitamos escuchar la Palabra de Dios más de lo que Dios nos necesita para defenderla.